

salva por intermedio del duende—«un hombrecito chiquito, vestido de padre».

Por eso, bajo la fábula de apariciones y de embrujos de este libro de *Januario Espinosa* reconocemos un trozo viviente de la tierra chilena, su alma simple y tosca, sus veleidades imaginativas, su simplicidad de colorido y lo violento de sus reacciones. En el amor, tímida; en el crimen, feroz.

El autor de «*Pillán*» tiene una manera tan apacible de contar, que los primeros capítulos se deslizan con el ritmo soñoliento de una melopea, en la cual se reitera hasta la obsesión aquello de

«Martes hoy, martes mañana;  
Martes toda la semana...»

Pero luego el cerco se estrecha, el conflicto sobreviene rápido y brutal, pasando a llevarse todo por delante, como una bestia enardecida. Con todo, a la legua se ve que al autor le interesan más las pasiones y las preocupaciones ordinarias de sus paisanos que las fábulas de su imaginación, por exaltadas que sean. Su horror constitucional de lo arbitrario, su ponderación y su bonhomía, deben hacer de *Januario* un contertulio amablemente escéptico en esas veladas de provincia en torno al brasero donde se cocinan las historias de aquelarre.

Fuera de esto, el lector irá encontrando en las páginas de «*Pillán*» esa visión campechana de la vida rural y pueblecina que brota como una emanación espontánea del espíritu sereno, abierto y generoso de este escritor.—ERNESTO MONTENEGRO.



ROMAIN ROLLAND, por *Stefan Zweig*.

En un tono panegírico que no disminuye un instante, *Stefan Zweig* ha hecho la biografía de *Romain Rolland* (1).

(1) Editorial Cultura.—Santiago de Chile.

No son los hechos menudos, domésticos, los que Zweig historia en la reconstitución de la vida de su personaje. Por lo demás, si miráramos la vida de Romain Rolland desde el punto de vista del interés novelesco, no encontramos en ella ningún accidente de aquéllos que puedan despertar la curiosidad indiscreta del lector ávido de lo truculento y sensacional. Es un retrato moral de Romain Rolland el que nos hace Zweig, acentuando los rasgos de su fisonomía espiritual por la admiración fervorosa que sus actitudes le despiertan.

Hay en Romain Rolland una íntima correspondencia entre su obra y su acción; las enseñanzas que palpitan en sus páginas encuentran en sus actitudes la más absoluta ratificación. Sus ideales de superación, de rebeldía espiritual, de moralidad integérrima, encarnados en Juan Cristóbal, los encontramos realizados en el propio Romain Rolland cuando se rebela solitario y grandioso contra ese crimen sin precedentes que fué la Guerra Europea. Sobre las pasiones de los hombres empequeñecidos por ideales convencionales y arbitrarios, la voz de Romain Rolland se alzó con acentos bíblicos clamando porque los hombres depusieran sus odios fratricidios y se unieran mediante una paz humana. Ni lo uno ni lo otro logró siquiera ser escuchado. Los hombres siguieron luchando, o más propiamente, los gobernantes siguieron azuzando la guerra, y remataron una paz inicua; y hoy vemos a la humanidad preparándose nuevamente para una guerra que con toda seguridad será mucho más inhumana que aquélla que se hizo, según la opinión de uno de los contendores, para terminar las guerras y salvar a la civilización que estaba en peligro de perecer en manos de los bárbaros.

Solo, aislado, perseguido, permaneció en medio de la contienda Romain Rolland; labor heroica ha sido siempre la suya, desde los tiempos de su juventud cuando escribía dramas que no tenían escenarios y sus primeros tomos del Juan Cristóbal no habían sido aún revelados a los escritores de la «Feria en la plaza»..., hasta cuando se recluyó voluntariamente en Suiza

para iniciar su campaña en favor de la paz y de los humildes que iban a la guerra engañados. A pesar de que sus palabras no encontraron eco entre los beligerantes, ellas no se han perdido, pues en la juventud de todo el mundo han tenido una resonancia cordial, y hoy es considerado Romain Rolland como una autoridad moral e intelectual, acatada religiosamente por cuantos *sienten* que hay ideales superiores que se sobreponen a «las verdades oficiales» y a los intereses de las minorías.

Zweig no estudia el aspecto literario, artístico, de la obra de Romain Rolland; insiste, no obstante, en que su obra no tiene un carácter nacional, circunscrita a lo local, restringida por límites fronterizos, citando, al efecto, las palabras de Goethe: la literatura nacional no tiene gran significación; nuestro tiempo es la época de la literatura mundial». Aun cuando estas palabras citadas por Zweig vengan de una autoridad tan respetable como Goethe, no resisten ellas la menor consideración artística, y aun la realidad puede demostrar cuán endeble es esta afirmación al presentar la literatura actual, teñida más que nunca del colorido que le da la naturaleza y el ambiente social en que ha sido gestada, siendo poco menos que imposible que el autor se substraiga a las influencias misteriosas de la tierra que le dió vida. Reconocemos que la obra de Romain Rolland rebasa los límites de lo meramente literario y alcanza, en muchos casos, la grandiosidad de las obras llamadas a inmortalizarse por el sincero acento de humanidad con que fueron concebidas. «El pensamiento de Rolland—escribe Zweig—es siempre más grande por la acción que ejerce que por la forma de que está revestido». Y algo más o menos parecido podríamos decir de este libro de Zweig: vale él más por la intención que anima a sus páginas, por la evocación de la noble y heroica vida de Romain Rolland, que por la forma y ponderación con que ha sido escrito, al menos así se desprende de esta traducción que dista mucho de ser impecable.

—MILTON ROSSEL.

